

LA HISTORIA DE LA FOCA MONJE DEL CARIBE

Diego Morales-Chulines¹, Diana Elizabeth Arano-Recio², y Raúl E. Díaz-Gamboa^{1*}

¹Departamento de Biología Marina, Universidad Autónoma de Yucatán. Mérida, Yucatán, México.

diegomc1202@gmail.com (DM-C), raul.diaz@correo.uady.mx (RED-G).

²Sección de Conservación y Restauración, Centro Instituto Nacional de Antropología e Historia Yucatán. Mérida, Yucatán, México. diana_arano@inah.gob.mx (DEA-R).

*Autor de correspondencia

Quinientos años de cacería intensiva borraron a la foca monje del Caribe de las aguas tropicales del Golfo de México y del mar Caribe. Aunque su extinción se declaró oficialmente hace un poco más de 30 años, hoy su historia apenas resuena en la memoria colectiva.

Solo tres especies de focas han habitado históricamente en aguas tropicales: la foca monje del Mediterráneo (*Monachus monachus*), la foca monje de Hawái (*Neomonachus schauinslandi*) y la foca monje del Caribe (*Neomonachus tropicalis*) siendo esta última la única especie de foca nativa del Golfo de México y el mar Caribe. Este organismo representa una de las pocas extinciones de mamíferos marinos en tiempos modernos. La foca monje del Caribe fue declarada oficialmente extinta en 1994 por la Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza (UICN), seguida por la Administración Nacional Oceánica y Atmosférica de los Estados Unidos (NOAA, por sus siglas en inglés) en 2008. Sin embargo, el último avistamiento biológico fiable ocurrió mucho antes, en 1952, por el naturalista C. Bernard Lewis en los arrecifes del Banco Serranilla, ubicados entre Jamaica y Nicaragua. Su desaparición no fue un evento súbito, sino la culminación de casi 500 años de explotación antropogénica (es decir, por parte del ser humano) que comenzó desde el momento de su descubrimiento por civilizaciones europeas.

La foca monje del Caribe era un mamífero marino perteneciente a la familia de los fócidos (Phocidae). Localmente, se le conocía por varios nombres, como “foca caribeña”, “foca tropical”, “lobo de mar”, e incluso “*tsulá*” en lengua maya. Ésta presentaba la morfología típica de los fócidos, con un cuerpo fusiforme (alargado y ovalado,

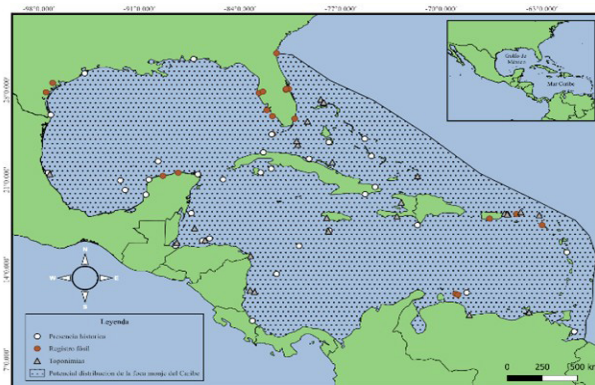
semejante a un pez), el cual es totalmente hidrodinámico y adaptado completamente a la vida marina. Carecía de pabellones auriculares externos, poseía una cola corta y extremidades modificadas en aletas, lo que favorecía la natación. Era un animal robusto, con un cuerpo grueso y una cabeza grande y prominente. Los adultos medían entre 2 y 2.5 metros de longitud, con un peso que podía superar los 150 kg. Las hembras solían ser ligeramente más pequeñas que los machos, aunque las diferencias no eran muy notorias. Su pelaje era corto, pegado al cuerpo, presentaba una coloración dorsal oscura, descrita como marrón-grisáceo, que se aclaraba en la parte ventral hasta un blanco-amarillento. En contraste, las crías recién nacidas poseían un pelaje largo y lanoso de un color negro puro.

Eran animales dóciles y letárgicos que no mostraban temor ante la presencia humana. Autores como Anthony P. Andrews (1984), Joel A. Allen (1887) y Henry L. Ward (1887) las describieron como focas aparentemente perezosas, confiadas y no alarmables fácilmente, lo cual fue un factor determinante que facilitó su caza masiva. A diferencia de otros pinnípedos, no eran animales curiosos en el agua y sólo mostraban agresividad cuando se sentían acorralados. Históricamente se cree que la población inicial de la foca monje rondaba de 233,000 a 338,000 individuos, los cuales se distribuían prácticamente por todo el mar Caribe y el Golfo de México. Habitaban desde las costas de Florida y Texas en Estados Unidos de América, pasando por las Bahamas y las Antillas Mayores (Cuba, Jamaica, Haití), hasta los arrecifes y cayos de la Península de Yucatán, en México, y Belice. Su presencia llegaba hasta el sur, en las costas de Honduras y Nicaragua, y se extendía por el norte de Sudamérica hasta Venezuela y Guyana.

No era una especie de costa continental. Prefería habitar y congregarse en playas arenosas de islas, cayos y atolones de coral remotos y aislados, donde encontraba

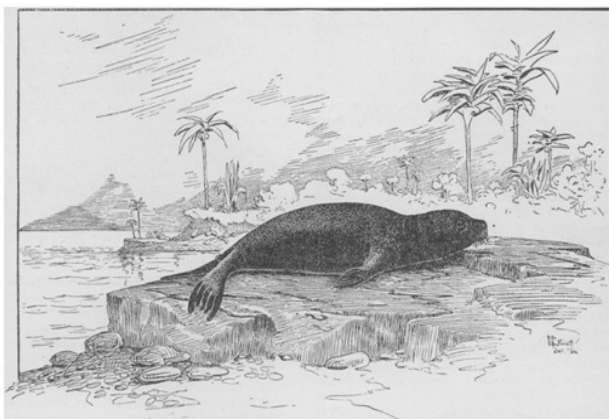


Montaje de una familia de focas (Allen, 1887, Plate I)



Distribución histórica de avistamientos, restos encontrados y toponimias de la foca monje del Caribe y su potencial distribución en el Golfo de México y el Mar Caribe. Mapa: Diego Morales Chulines basado en los datos publicados por Timm *et al.*, 1997; Adam y García, 2003 y Götz y Sierra-Sosa, 2011.

refugio para descansar, reproducirse y mudar el pelaje, lejos de perturbaciones. Lugares como Cayo Triángulos y el Arrecife Alacranes en México, y Cayos de Pedro en Jamaica, fungieron como principales refugios de esta especie. Mucho antes de la llegada de los europeos, la foca monje del Caribe ya formaba parte del paisaje natural de Mesoamérica y existían indicios de que los mayas prehispánicos la aprovechaban. Los hallazgos arqueológicos en los yacimientos mayas costeros de Xcambó e Isla Cerritos en Yucatán demuestran que sí hubo un aprovechamiento a pequeña escala por parte de los antiguos habitantes de la región. La baja frecuencia de restos de foca en comparación con los de peces, tortugas o crustáceos sugiere un aprovechamiento menos recurrente; no obstante, esta diferencia no implica necesariamente una contribución marginal a la dieta, ya que el alto rendimiento energético de un solo individuo pudo haber compensado su escasa representación en el registro arqueológico. La aparente ausencia de huesos de las aletas en los conjuntos óseos podría estar relacionado tanto con patrones de procesamiento como con sesgos en la preservación. Los elementos distales de las extremidades, al ser más pequeños y menos densos, son más susceptibles a la degradación, lo que disminuye su probabilidad de registro. Por otro lado, existe la hipótesis del “efecto schlepp” la cual sugiere que los animales eran despiezados en el lugar de captura y que sólo se transportaban al asentamiento las partes con más valor. Aunque no existe evidencia directa del consumo de su carne, la presencia de sus huesos en contextos domésticos y basureros secundarios, especialmente en los sectores asociados a las residencias de la élite maya en el caso de Xcambó, se sugiere que la carne de foca monje pudo haber sido un alimento ocasional reservado para los grupos de mayor nivel jerárquico. Además, el hallazgo de caninos y premolares perforados indica que sus dientes eran usados como colgantes u ornamentos personales, lo que sugiere que este organismo poseía un alto valor simbólico dentro de la sociedad maya. El cambio drástico en el aprovechamiento de ésta y otras especies marinas ocurrió siglos más tarde, con la llegada de los europeos y el inicio de la explotación intensiva de los recursos costeros. El primer registro europeo de focas en el Caribe data de mediados de 1494, cuando navegantes españoles llegaban al nuevo continente por segunda vez. Durante esta expedición, los hombres de Colón mataron a ocho de éstos anteriormente llamados “focas caribeñas”, los cuales estaban durmiendo en la arena de la rocosa isla de Alta Vela. Este evento marcó un hito para su masiva caza en los años posteriores.



Primer dibujo conocido de una vista de cuerpo completo de la foca monje del Caribe (Eliot, 1884).

Durante el siglo XVI, la especie fue esencial para la supervivencia de diversas expediciones y naufragios. Por ejemplo, en 1513 los hombres de Ponce de León cazaron 15 focas en las islas del ahora Parque Nacional Tortugas Secas, frente a las costas de Florida. En la década de 1520, navegantes varados en los Arrecifes Víboras, ubicados al sur de Cuba, también recurrieron a ellas como alimento. Durante estos mismos años en 1524, un barco de la expedición dirigida por Hernán Cortés naufragó al norte de Veracruz, donde tres sobrevivientes llegaron a una pequeña ensenada y relataron

que era un lugar “donde había muchas focas que salían por la noche a dormir en la arena”, y se alimentaron de su carne para sobrevivir durante dos meses antes de ser rescatados.

Una vez que los colonos se asentaron en las islas de las Indias Occidentales, comenzaron a localizar colonias reproductivas y a cazar focas monje para obtener aceite. La explotación no se limitó a los españoles. En 1643, colonos holandeses ya realizaban expediciones a la isla de “Klein Curaçao”. Para finales del siglo XVII, la caza se había intensificado y especializado. El navegante William Dampier en 1675 notó que los españoles e ingleses frecuentaban Arrecife Alacranes en la península de Yucatán específicamente para extraer aceite de la grasa de estos organismos. El aceite obtenido de la foca monje tuvo usos industriales vitales en los siglos XVII y XVIII. Registros de 1722 indican que se exportaba desde las Bahamas hacia Jamaica, donde se utilizaba para lubricar la maquinaria de las plantaciones de azúcar. Además, el aceite era esencial para la iluminación, para cocinar y, también, se utilizaba para calafatear (o impermeabilizar) el fondo de las embarcaciones en puertos como La Habana, Cuba. La alta demanda de aceite transformó rápidamente la caza de subsistencia en una industria lucrativa, provocando matanzas a gran escala. En 1707, el naturalista Sir Hans Sloane describía en las Bahamas cómo “los pescadores podían capturar hasta cien focas en una sola noche” durante la temporada de cría, cuando las hembras permanecían en tierra amamantando y eran especialmente vulnerables.

La costa mexicana, particularmente la península de Yucatán y sus cayos asociados, fue uno de los últimos refugios de la especie y escenario de intensas cacerías. En 1856, recolectores de guano en Cayo Triángulos encontraron evidencias de una matanza masiva anterior. Irónicamente, a finales del siglo XIX, la rareza de la especie despertó un interés científico que aceleró su extinción. Museos y zoológicos de todo el mundo compitieron por obtener especímenes de un animal que ya se consideraba casi desaparecido.



Fotografías de los últimos organismos vivos de foca monje del Caribe (*Neomonachus tropicalis*) en el Acuario de Nueva York, E.E. U.U. Fotografías: New York Zoological Society, 1910, p 644-645.

Dos expediciones a Cayo Triángulos, ubicado en el Banco de Campeche fueron especialmente devastadoras. La primera realizada en diciembre de 1886, dirigida por Henry L. Ward y el naturalista mexicano Fernando Ferrari Pérez, resultó en la muerte de 49 ejemplares de foca, incluyendo hembras preñadas y crías. Los especímenes recolectados se distribuyeron entre distintas instituciones y museos de México, Estados Unidos de América y Europa, y tres de ellos llegaron al Museo Nacional de Historia Natural del Chopo, en la Ciudad de México, aunque posteriormente se perdieron durante un incendio ocurrido en 1979. Catorce años más tarde, en 1900, los naturalistas Edward W. Nelson y Edward A. Goldman visitaron nuevamente Cayo Triángulos y constataron el impacto de la caza, describiendo cómo la población había disminuido drásticamente por la explotación de cazadores locales; no obstante, ellos mismos cazaron aproximadamente 35 focas para museos. El golpe final para las poblaciones mexicanas fue documentado por el naturalista George Gaumer, quien reportó que, en enero de 1911, pescadores locales masacraron a unos 200 ejemplares en Cayo Triángulos, dejando "muy pocos vivos". A esta presión científica se sumó la captura de animales vivos para exhibición. En 1897, el Zoológico Nacional de Washington D.C. adquirió una pareja capturada en el Banco de Campeche, pero ambos murieron pocas semanas después. En ese mismo año el Acuario de Nueva York recibió dos ejemplares, uno de ellos sobreviviendo hasta 1903. Posteriormente en 1909, este acuario recibió otros cuatro ejemplares procedentes de Progreso, Yucatán, probablemente capturados en Cayo Triángulos o Arrecife Alacranes.

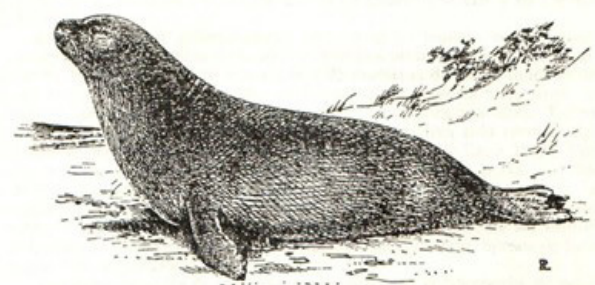
Los avistamientos se volvieron extremadamente raros después de 1922, cuando se mató al último ejemplar confirmado en Estados Unidos de América, cerca de la isla Cayo Hueso, Florida. El último registro confiable de la especie en todo su rango de distribución fue la observación de una pequeña colonia en el Banco Serranilla, entre Jamaica y Nicaragua, en 1952. En 1973 después de unas décadas de silencio, el académico Karl W. Kenyon realizó una inspección aérea y en tierra a lo largo de toda el área de distribución histórica sin hallar indicio alguno de las focas. Posteriormente en 1984, en una expedición liderada por los investigadores Burney J. LeBoeuf, Karl Kenyon y Bernardo Villa Ramírez, visitaron los últimos refugios conocidos en aguas mexicanas: Cayo Arcas, Cayo Triángulos, Cayo Arenas y el Arrecife Alacranes. A pesar de los extensos recorridos y búsquedas en tierra, no se encontró evidencia reciente de la presencia de focas. Durante la expedición, los investigadores realizaron entrevistas a los guardafaros y pescadores locales, a quienes mostraron ilustraciones de la foca monje del Caribe para evitar confusiones con otros mamíferos marinos. Las respuestas fueron desalentadoras: salvo algunos viejos guardafaros que recordaban haber visto focas más de diez años atrás, la mayoría de los entrevistados nunca había oído hablar de ellas.

Como señala Gaumer en su libro "Monografía de los mamíferos de Yucatán" de 1917: "Esta especie se ha extinguido a causa de la persecución tenaz que hombres codiciosos han emprendido contra ella, sólo por obtener unos barriles de aceite, sin detenerse a pensar en el crimen que cometen al privar a las generaciones venideras y a la ciencia de recursos tan valiosos". La desaparición de la foca monje del Caribe representa una pérdida irreparable para la biodiversidad y el patrimonio cultural del Golfo de México y el mar Caribe. Su historia refleja cómo la combinación de la caza para su explotación, exhibición o simple curiosidad científica puede llevar rápidamente al colapso de una especie.

La causa de extinción de la foca monje del Caribe fue antropogénica y debería servir como advertencia e impulso para fomentar la educación ambiental. De igual manera, para preservar la memoria biocultural de las especies extintas como una herramienta de aprendizaje.

AGRADECIMIENTOS

Se agradece a la Sección de Restauración y Conservación del Centro INAH Yucatán por la libertad y confianza brindada para desarrollar este manuscrito durante la estancia de servicio social de DM-C. De igual forma, un agradecimiento al Departamento de Biología Marina de la Universidad Autónoma de Yucatán por el respaldo académico y la información proporcionada, la cual fue fundamental para la elaboración de este trabajo. También deseamos reconocer a todas aquellas personas que, a lo largo de la historia, documentaron en crónicas, libros y ensayos el proceso de declive de esta especie. Gracias a su labor, hoy contamos con un registro que permite preservar el conocimiento y nos permite reflexionar críticamente para evitar que situaciones similares se repitan a futuro.



West Indian seal (*Monachus tropicalis*)

Ilustración de foca monje del caribe descansando en la playa (Andrews, 1984)

LITERATURA CONSULTADA

- Adam, P. J. 2004. *Monachus tropicalis*. Mammalian Species 747:1-9.
- Adam, P. J., y G. García. 2003. New information on the natural history, distribution, and skull size of the extinct (?) West Indian Monk Seal, *Monachus tropicalis*. Marine Mammal Science 19:297-317.
- Allen, G. M. 1942. Extinct and vanishing mammals of the western hemisphere with the marine species of all the oceans. American Committee for International Wildlife Protection, Special Publication. Lancaster, EE. UU.
- Allen, J. A. 1880. History of North American Pinnipeds. United States Geological and Geographical Survey of the Territories, Miscellaneous Publications, Washington, EE. UU.
- Allen, J. A. 1887. The West Indian seal (*Monachus tropicalis* Gray). Bulletin of the American Museum of Natural History 2:1-34.
- Andrews, A. P. 1984. Boletín de la Escuela de Ciencias Antropológicas de la Universidad de Yucatán. Universidad de Yucatán 12:3-12.
- Baisre, J. A. 2013. Shifting Baselines and The Extinction of The Caribbean Monk Seal. Conservation Biology 27:927-935.
- Elliott, H. W. 1884. The monk seal of the West Indies, *Monachus tropicalis* Gray. Science 3:752-753.
- García-Aguilar, M. C., y F. R. Elorriaga-Verplancken. 2019. Los pinnípedos: carnívoros acuáticos altamente especializados. Ciencia 70:72-79.
- Gaumer, G. F. 1917. Monografía de los Mamíferos de Yucatán. Departamento de Talleres Gráficos de la Secretaría de Fomento. Ciudad de México, México.
- Gosse, P. H. 1851. A naturalist's sojourn in Jamaica. Longman, Brown, Green, and Longmans, Londres, Inglaterra.
- Götz, C. M. 2012. Caza y pesca prehispánicas en la costa norte peninsular yucateca. Ancient Mesoamerica 23:421-439.
- Götz, C. M., y T. N. Sierra-Sosa. 2011. La arqueofauna de Xcambó, Yucatán, México. Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología 13:119-145.
- Jørgensen, D. 2021. Erasing the extinct: the hunt for Caribbean monk seals and museum collection practices. História, Ciências, Saúde-Manguinhos 28:161-183.

LITERATURA CONSULTADA

- Kerr, R. 1824. A general history and collection of voyages and travels, arranged in systematic order: Forming a complete history of the origin and progress of navigation, discovery, and commerce, by sea and land, from the earliest ages to the present time. W. Blackwood. Edinburgo, Escocia.
- King, J. 1956. The Monk Seals (Genus *Monachus*). Bulletin of the British Museum Natural History 3:204-256.
- LeBoeuf, B., K. Kenyon, y B. Villa-Ramírez. 1986. The Caribbean Monk Seal Is Extinct. Marine Mammal Science 2:70-72.
- Lowry, L. 2015. *Neomonachus tropicalis*. The IUCN Red List of Threatened Species 2015 e.T13655A45228171.
- McClenachan, L., y A. B. Cooper. 2008. Extinction rate, historical population structure and ecological role of the Caribbean monk seal. Proceedings of the Royal Society B: Biological Sciences 275:1351-1358.
- New York Zoological Society. 1901. Rare tropical seals. Zoological Society Bulletin 11:644-645.
- NOAA. National Oceanic and Atmospheric Administration. 2008. Endangered Species Act 5-Year Review Caribbean Monk Seal (*Monachus tropicalis*). National Oceanic and Atmospheric Administration (NOAA). St. Petersburg, EE. UU.
- Roberts, W. 1763. An account of the first discovery, and natural history of Florida. Reprinted 1976. University of Florida Press, Gainesville, EE.UU.
- Scheel, D. M., et al. 2014. Biogeography and taxonomy of extinct and endangered monk seals illuminated by ancient DNA and skull morphology. ZooKeys, 409:1-33.
- Timm, R. M., R. M. Salazar, y A. T. Peterson. 1997. Historical Distribution of the Extinct Tropical Seal, *Monachus tropicalis* (Carnivora: Phocidae). Conservation Biology 11:549-551.
- Townsend, C. H. 1909. The West Indian seal at the Aquarium. Science 30:212.
- Villa-R, B., J. P. Gallo-Reynoso, y B. LeBoeuf. 1985. La foca monje *Monachus tropicalis* (Mammalia: Pinnipedia) definitivamente extinguida en México. Anales del Instituto de Biología de la Universidad Nacional Autónoma de México 56:573-588.
- Ward, H. L. 1887. Notes on the Life-History of *Monachus Tropicalis*, the West Indian Seal. The American Naturalist 21:257-265.

Sometido: 25/abr/2026.

Revisado: 05/may/2026.

Aceptado: 07/may/2026.

Publicado: 08/may/2026.

Editor asociado: Dra. Alina Gabriela Monroy-Gamboa.